

Francesco Guicciardini

Ricordi

Consejos y advertencias para la vida
civil y política

Edición a cargo de Jorge del Palacio



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Ricordi*

Primera edición: octubre de 2025

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© de la traducción, introducción, notas y cronología: Jorge del Palacio, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-066-1

Depósito legal: M. 12.917-2025

Printed in Spain

Índice

9	Introducción, <i>Ricordi</i> : el «libro secreto» de Francesco Guicciardini, por Jorge del Palacio
27	Sobre esta edición
31	Referencias bibliográficas
35	Ricordi Consejos y advertencias para la vida civil y política
299	Referencias bibliográficas mencionadas en la obra
301	Créditos de las imágenes
302	Cronología: Vida y principales obras de Francesco Guicciardini
311	Genealogía de los Medici

Introducción

Ricordi: el «libro secreto»
de Francesco Guicciardini

Por Jorge del Palacio



Fig. 1: *Retrato de Francesco Guicciardini* (antes de 1605), por Cristofano dell'Altissimo, Galleria degli Uffizi, Florencia.

Francesco Guicciardini nació el año 1483 en la Florencia de Lorenzo «el Magnífico». Florencia era una ciudad rica y orgullosa del «vivere libero e civile» que garantizaban sus instituciones de autogobierno y la soberanía de su Estado. Sin embargo, cuando la muerte alcanzó a nuestro autor, en el año 1540, todo había cambiado. A pesar de que la sola mención de Florencia seguía evocando esplendor y belleza, a pesar de que la ciudad aún era cuna de artistas, mercaderes y banqueros, había dejado de ser una república para convertirse en un principado, que en manos del joven duque Cosimo de Medici —hijo del célebre condotiero Giovanni «de las bandas negras»— caminaba hacia el absolutismo. España, por lo demás, había consolidado su hegemonía sobre la península italiana, subordinando los Estados italianos a la esfera de influencia de su política. En definitiva, se había consumado el fin de la llamada «libertad de Italia».

Francesco Guicciardini, miembro de una de las familias más poderosas e influyentes del patriciado florentino, vio con sus propios ojos el derrumbamiento de una época en la que Florencia había gozado de poder y libertad e Italia de paz y estabilidad. La política florentina no era un negocio pacífico. La lucha por el poder entre las principales familias de la ciudad a veces se saldaba con largos exilios o cruentos ajustes de cuentas, como ilustró la «conjura de los Pazzi». Los imponentes palacios con torreones de origen medieval que aún caracterizaban el urbanismo de la Florencia del Quattrocento hablaban por sí solos de la necesidad de seguridad que las grandes familias sentían aún dentro de los muros de la ciudad. Guicciardini, no obstante, desarrolló la habilidad de su padre Piero para sobrevivir a los cambios de régimen y supo arreglárselas para colmar su ambición de poder acumulando cargos y responsabilidades en gobiernos de distinto signo. El gobierno popular de Piero Soderini envió a Guicciardini a España como embajador ante la corte de Fernando el Católico. Y tras la restauración del poder de los Medici nuestro autor fue protagonista de una larga carrera como funcionario del Estado de la Iglesia al servicio de León X (1513-1521), Adriano VI (1522-1523) y Clemente VII (1523-1534). Desde la posición de privilegio que otorgaba su condición de consejero papal y hombre de confianza de los Medici en Roma y Florencia, Guicciardini fue protagonista del proceso histórico que llevó a la derrota del modelo político del Renacimiento italiano.

Los *Ricordi* de Guicciardini —cuya elaboración comienza precisamente en España en 1512 y termina en Roma en 1530— recogen de manera fiel el espíritu de un mundo que se dirige hacia su ocaso. Los consejos y advertencias que

los componen están escritos a modo de manual de comportamiento práctico para consumo exclusivo de su familia, siguiendo una arraigada tradición de la aristocracia florentina. Los *Ricordi*, por tanto, son el fruto de una escritura íntima y personal que nunca tuvo como destinatario al público general, de ahí el sobrenombre de «libro secreto» con el que la crítica se ha referido a la obra (Ridolfi 1982, 241). No obstante su vocación práctica, una lectura atenta de los *Ricordi* permite descubrir que su escritura está animada por una preocupación de carácter filosófico: la crisis radical de los fundamentos del saber (Cutinelli-Rendina 2009, 247).

La crisis del Renacimiento en Italia no solo desnudó la impotencia de las repúblicas, ducados y principados italianos para competir con los intereses de los grandes Estados modernos que se afirmaban en Inglaterra, Francia o en España. También supuso el cuestionamiento de todo un sistema de valores e ideales que caracterizaron la civilización del Renacimiento. Los *Ricordi* ilustran a la perfección la quiebra de un mundo caracterizado por la fe humanista en la fuerza de la razón, en la confianza casi ilimitada en el potencial de la naturaleza humana y la creencia en la normatividad de los clásicos. Guicciardini, en este sentido, es un pensador que nos lleva de la mano hacia un nuevo escenario filosófico marcado por el escepticismo, el pesimismo antropológico y la redefinición del concepto de historia como *magistra vitae*.

En consecuencia, a pesar de que los *Ricordi* aún recogen algunos guiños al ideal renacentista de la *dignitas hominis* —que encuentra su momento más alto en la famosa oración de Pico della Mirandola— la mayoría de los consejos y advertencias que Guicciardini brinda a sus lectores están muy le-

jos del optimismo y la confianza que se desprende del primer Renacimiento. Al contrario, los *Ricordi* nos recuerdan la precariedad de la vida humana con un tono doliente y grave que recuerda la solemnidad de los textos bíblicos (Varotti 2009, 111). El hombre, dominado por la fuerza de sus pasiones, sujeto a la incertidumbre de una realidad sometida al capricho de la fortuna, ni siquiera cuenta con un conocimiento que le permita sobreponerse por completo a su circunstancia trágica. Como nos dirá el propio Guicciardini:

Cuando considero a cuántos accidentes y peligros de enfermedad, de azar, de violencia, y de infinitos modos, está sometida la vida del hombre, cuántas cosas deben suceder a lo largo de un año para que la cosecha sea buena, nada me maravilla más que ver un hombre viejo o un año fértil (161).

Los *Ricordi*, por tanto, constituyen una dramática toma de conciencia de los límites de la racionalidad humana que enlaza con la tradición del escepticismo moderno. Guicciardini asume, de un lado, que la razón no es señora de la Historia. No es capaz de descubrir su «telos» o sentido último, porque las «cosas del mundo» se encuentran sometidas a mil accidentes y se conducen sin programa ni guion, haciendo que su fin sea imprevisible. De otro lado, para Guicciardini la razón tampoco puede entender el sentido de la voluntad divina. Motivo por el cual la religión no puede ser la clave hermenéutica que permite interpretar el sentido de la historia de los hombres «sub specie divina». Como escribirá en su monumental *Storia d'Italia*: «no puede sino decirse que los juicios de Dios son un misterio para los hombres» (Barbuti 2002, 79-80).

Guicciardini nos enfrenta, por tanto, a un mundo en crisis en el que la razón no es capaz de descubrir verdades definitivas que doten de orden y estructura a las «cosas del mundo». Y a pesar de ello Guicciardini no renuncia a la empresa de producir criterios de orientación para la vida civil y política. Unos criterios, limitados y parciales en su alcance, pero que deben servir para conquistar algún grado de seguridad, algún grado de certeza o de dominio sobre la realidad. Dado que este orden no puede tener un fundamento o principio ni inmanente ni trascendente, para sobrellevar «la oscuridad de las cosas» a la que los hombres están condenados Guicciardini propone poner en práctica el arte de la «discreción».

A saber, con «discreción» —que deriva del latín *discerno* («separar» o «distinguir») — Guicciardini se refiere al proceso de producción de conocimiento que se apoya en la distinción entre lo accidental y lo esencial. Se trata de un ejercicio de análisis que permite organizar y racionalizar «las cosas del mundo» para entender el fin al que están ordenadas. La idea de la «discreción» remite, por tanto, a un tipo de racionalidad práctica orientada a examinar la realidad caso a caso, circunstancia a circunstancia, privilegiando la excepción sobre la regla como fuente singular e irreplicable de conocimiento. No en vano, el pensamiento político de Guicciardini puede definirse como un pensamiento del «particular» (Cutinelli-Rendina 2009, 248-249; Barbuto 2002, 108-109).

De aquí la fuerza metodológica del consejo 6 en el que Guicciardini avisa de la equivocación que supone tratar de entender las «cosas del mundo» «de manera indistinta y absoluta» y «conforme a regla». Por lo general, Guicciardini

vincula la tendencia a interpretar las «cosas del mundo» «conforme a regla» al tipo de formación libresca que no está mediada por la experiencia. Y en el contexto de la cultura humanista del Renacimiento esta posición supone una crítica directa a una comprensión mecánica del concepto de Historia *magistra vitae* como adecuación perfecta entre el pasado y el presente:

Hablar de las cosas del mundo de manera indistinta y absoluta, y por así decir, conforme a regla, es un gran error. Porque casi todas presentan distinciones y excepciones debidas a la variedad de las circunstancias, que no pueden ser sometidas a un mismo patrón. Y estas distinciones y excepciones no se encuentran en los libros, sino que debe enseñarlas la discreción (6).

Por tanto, los Ricordi componen un manual de comportamiento para la vida práctica que asume como fundamentos el carácter limitado de la razón y una realidad sin estructura ni principio organizador reconocible para los hombres. Esta es la razón por la cual el concepto de «Ricordi» —en el sentido popular florentino— remite a la idea de «consejo», «advertencia» o «aviso» que educa la mirada y familiariza al lector con la existencia de problemas, dilemas o disyuntivas particulares cuya solución es siempre inédita y depende de la «condición de los tiempos». Los *Ricordi* de Guicciardini, por tanto, no son máximas o principios que se dicen de valor y aplicación universal. Son consejos, fruto de una meditación sobre un caso particular, que se deben mantener «frescos en la memoria» para que puedan ser útiles al arte de la «discreción» (9).

Francesco Guicciardini es ante todo un pensador político. A pesar de la gran variedad de temas que abordan los

Ricordi Guicciardini nos ofrece su mejor versión cuando se hace cargo de los asuntos de Estado. No en vano, los *Ricordi* constituyen una suma de reflexiones e ideas que Guicciardini utilizó como puntos de apoyo teórico para la composición de sus obras genuinamente políticas como el *Discorso di Loggogno*, el *Discorso sul reggimento di Firenze* o la *Storia d'Italia*. Al punto de que algunos de los consejos y advertencias se incrustan literalmente o se utilizan repetidos, casi palabra por palabra, en sus tratados de política. En este sentido, resulta necesario no perder de vista que el pensamiento político de Guicciardini —como toda reflexión política del Renacimiento italiano, por lo general— coincide con el ciclo de las «Guerras de Italia». Y esta experiencia directa de la guerra —que desnuda el vínculo genético entre política y violencia, de la primacía del «kratos» sobre el «logos»— inclina su pensamiento hacia la tradición del realismo político.

El ciclo de las Guerras de Italia (1494-1559) —que enfrentó a España y Francia por el control de la península italiana— puso fin al periodo de paz y seguridad que el equilibrio de poder que nació del Tratado de Lodi había garantizado a los principales Estados italianos desde 1454. Las Guerras de Italia comenzaron con la entrada de Carlos VIII en Italia el año 1494 y esta fecha inauguró un tiempo marcado por la guerra y la violencia, por la inseguridad y la inestabilidad, por el hambre y la enfermedad, que puso a los Estados italianos a merced de unas potencias extranjeras que desnudaron la incapacidad militar, política y diplomática de los príncipes y señores italianos para garantizar su libertad y soberanía. El ciclo de las Guerras de Italia, puede decirse así, supuso la derrota efectiva del modelo de Estado del Renacimiento italiano (Pellegrini 2017, 39).

En su obra histórica Guicciardini describió la entrada de Carlos VII en Italia como «una llama y una peste». Y en los *Ricordi* también recuerda que antes de 1494 las guerras entre los Estados italianos eran lentas, apenas causaban heridos y sus implicaciones políticas era limitadas:

Antes de 1494 las guerras eran largas, las batallas no eran sangrientas y expugnar las ciudades era una tarea lenta y difícil. Y si bien ya estaba en uso la artillería, se utilizaba con tan poca destreza que apenas hacía daño. De modo que quien gobernaba un Estado era casi imposible que lo perdiese. Sin embargo, vinieron los franceses a Italia e introdujeron en la guerra tal viveza que a la altura de 1521 quien perdía la campaña, perdía también el Estado (C64)

Maquiavelo —gran amigo de Guicciardini y también testigo junto a él de la «ruina de Italia»— también fue muy consciente de la ruptura que el año 1494 supuso en la historia de la política italiana. Y dedicó uno de los pasajes más duros de su libro *Del arte de la guerra* a la impericia e ineptitud de los príncipes y señores italianos:

Nuestros gobernantes italianos, antes de que experimentase los golpes de las armas extranjeras, creían que les bastaba con hacer alarde de agudas respuestas en los salones, saber redactar una hermosa carta, o mostrar en conversación agudeza e ingenio, saber tramar una perfidia, adornarse con oro y pedrería, comer y dormir con más lujo que los demás, rodearse de placeres, tratar a sus súbditos con avaricia y soberbia, pudrirse en el ocio, otorgar graciosamente los ascensos en el ejército, despreciar a los que mostrasen sanas inclinaciones y pretender que su

palabra fuese la voz del oráculo. Y no se daban cuenta los infelices de que se preparaban para ofrecerse como presas al primero que los asaltara. Por eso se produjeron en 1494 los grandes sustos, las fugas repentinas fugas y las pérdidas milagrosas; y así tres poderosos Estados que había en Italia han sido repetidamente saqueados y devastados (2003, 198-199).

Precisamente, en su libro *Del arte de la guerra* —publicado en 1521— Maquiavelo no pudo dar cuenta de uno de los momentos más trágicos y violentos del ciclo de las «Guerras de Italia»: el *sacco* de Roma de 1527. Para Guicciardini fue uno de los momentos más dolorosos de su carrera política. El *sacco* de Roma —que sometió la ciudad a un proceso de caos, devastación y violencia espectaculares— certificó el fracaso de la estrategia anti imperial que Guicciardini había defendido ante Clemente VII en su condición de consejero papal y lugarteniente del ejército pontificio. El autor de los *Ricordi* entendió que tras la victoria de Carlos V en la batalla de Pavía los Estados italianos se veían amenazados por el peligro efectivo de una «tiranía» imperial. En estas circunstancias nace la Liga de Cognac que en 1526 unió a Francia, Venecia, Milán, Florencia y los Estados Pontificios en un frente común contra Carlos V. Nótese en este punto que la posición antiimperial de Clemente VII que Guicciardini animó se enmarcaba en la lógica del «equilibrio de poder» que había inspirado tradicionalmente la política exterior del papado: cuando una potencia europea amenazaba la libertad de los Estados italianos estos reaccionaban coaligándose para apoyar a su principal rival. No debe perderse de vista que la política del papado había favorecido la configuración de la cristiandad como un uni-

verso de potencias pequeñas, medianas y grandes en perpetuo conflicto entre sí como la mejor estrategia para evitar la concentración de poder en manos de un solo príncipe que hiciese efectivo el título de *monarchia universalis*. Y en el contexto de las «Guerras de Italia» el papado había asumido progresivamente el rol de tutor de la «libertad de Italia» como mejor estrategia para garantizar su propia «libertas Ecclesiae» en Occidente y un papel de árbitro de la política en Italia (Pellegrini 2013, 131-132). De este modo, el fracaso de la política antiimperial defendida por Guicciardini no solo trajo consigo la humillación puntual de Clemente VII y la expulsión de los Medici de Florencia. También supuso el final abrupto de todo un modelo de papado del Renacimiento que a partir de Julio II —convertido en verdadero modelo de papa-guerrero— afirmó a la Iglesia en Italia y en Occidente como un Estado con ambición política y territorial, dispuesto a perseguir sus intereses «con armas temporales o espirituales» (48).

La experiencia directa del ciclo de las Guerras de Italia enfrentó a los pensadores del Renacimiento con una política que mostraba con toda su crudeza el primado de la ley del más fuerte. Una ley por la cual siempre «se acuerda hacer sufrir al que menos fuerza tiene» (144). No es extraño, por tanto, que tanto Guicciardini como Maquiavelo sean portavoces de una concepción de la política como lucha por el poder que reduce al silencio la voz de la conciencia. Una lucha que a veces se conduce a través de la ley y la persuasión racional, pero que otras veces encuentra su camino a través del fraude y la fuerza. Por decirlo con *El Príncipe*, la política es el territorio del centauro y exige al príncipe que aspira a conservar su poder ser hombre y ser bestia y

«saber usar una y otra naturaleza» porque «la una no dura sin la otra» (Maquiavelo 2023, 119).

Ciertamente, el pensamiento político de Guicciardini que el lector encontrará condensado en los *Ricordi* se identifica con el paradigma del realismo político. Un paradigma que encuentra su origen e inspiración en la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides. Y cuyas principales ideas —simples pero de hondas consecuencias para la filosofía política moderna— también sirven para estructurar el pensamiento político de Guicciardini. En los *Ricordi* encontramos un concepto del proceso histórico como resultado del entrelazamiento de la necesidad (*anánke*), la casualidad o contingencia (*tyche*) y los factores humanos (*ta antróphina*), que el humanismo bautizaría como «necesidad», «fortuna» y «virtud». También encontramos una antropología pesimista que presenta a los hombres como seres egoístas dominados por la ambición de poder. Una visión polemológica del mundo en el que el dominio del más fuerte se impone como una ley natural. Y una aproximación amoral a la política en virtud de la cual los hombres y los Estados toman sus decisiones con arreglo a lo «útil» antes que en atención a lo «justo» (Cesa 2023; Portinaro 2025).

Los *Ricordi* cumplen, por tanto, con la doble dimensión descriptiva y prescriptiva del paradigma del realismo político. De un lado, el realismo de Guicciardini redescubre la realidad desvelando el peso que el interés y la voluntad de dominio tienen en la política. Por eso llama a desconfiar de la sinceridad de los grandes ideales —ya sean de orden político, religioso o moral— e invita a sus lectores a considerar la centralidad de la fuerza, el interés, la ambición, la utilidad o el fraude en el proceso político. Los hombres, para

Guicciardini, son animales mistificadores que esconden sus verdaderos intereses bajo la bandera de los más nobles ideales. «No creáis a quienes predicán la libertad con pasión, pues casi todos —o más bien sin excepción— persiguen intereses particulares» (66) dirá Guicciardini en uno de sus consejos más célebres.

Michel de Montaigne, lector atento de la *Storia d'Italia* de Guicciardini, no fue indiferente a la crudeza del realismo de nuestro autor. Y dejó constancia en el ensayo titulado «De los libros»:

Heme percatado también de esto: que todos los espíritus y hechos que juzga, de tantos impulsos e ideas, jamás relaciona alguno con la virtud, la religión o la conciencia, como si estas hubieran sido borradas del mundo; y de toda acción, por bella que sea en apariencia por sí misma, busca la causa en alguna intención pecaminosa o en algún provecho (Montaigne, 2013, 427).

De otro lado, en su dimensión prescriptiva el realismo político se convierte en «arte de gobierno». A saber, en un conjunto de máximas o consejos prudenciales orientados a garantizar la supervivencia en un mundo político —ya sea intramuros o extramuros— caracterizado por la presencia de actores hostiles, desigualdades radicales y escasez de recursos. Y donde la única alternativa a someter es ser sometido (Portinaro 2025, 80-81). Precisamente, es esta hostilidad constitutiva del mundo político el que decanta que en el realismo la lógica de lo «útil» se imponga por su propio peso a la lógica de lo «justo», contraviniendo en este punto la enseñanza de Cicerón en *Sobre los deberes*. Para Guicciardini «Los

Estados no se conservan respetando la conciencia» (48), principio que confirma la concepción de la política como una esfera autónoma de la actividad humana que responde a su propia lógica. A saber, que santifica aquellos medios —desde el engaño o la disimulación hasta las «medicinas fuertes, o para decirlo claro, crueles»— que se muestran útiles a la «conservación del dominio».

La redacción C de los *Ricordi* fue completada por Guicciardini en Roma en la primavera de 1530, mientras las tropas imperiales mantenían la ciudad de Florencia bajo asedio. En virtud del Tratado de Barcelona —firmado por Carlos V y Clemente VII en junio de 1529— el emperador devolvió a Clemente VII los Estados Pontificios y se comprometió a restaurar el poder de los Medici en Florencia, mientras que el papa se comprometió a coronar emperador a Carlos V. No obstante, a pesar de que la paz sellada entre Clemente VII y Carlos V auguraba un futuro prometedor para los intereses de los Medici y su círculo de poder después del *annus horribilis* de 1527, la redacción C de los *Ricordi* suma a la crudeza del realismo político la melancolía y el pesimismo del hombre de Estado que ha vivido la derrota de su política. Después del «sacco» de Roma el sentimiento de fracaso va a ser una constante que domina la vida de Guicciardini contribuyendo a radicalizar —aún más si cabe— su pesimismo natural sobre la condición humana y su escepticismo ante la capacidad de los hombres para escapar al capricho de la fortuna.

Quien examina con atención las cosas humanas no puede negar el grandísimo poder que la fortuna ejerce sobre ellas, pues se ve de manera continua que son sacudidas con fuerza por ac-

cidentes fortuitos y que no está en manos de los hombres ni preverlos ni evitarlos. Y si bien la astucia y la diligencia de los hombres puede suavizar muchas cosas, no bastan solas pese a todo, sino que aún se necesita la buena fortuna (30).

La elaboración de la versión C de los *Ricordi* también coincide en el tiempo con la escritura de una obra muy particular que Guicciardini dejaría inacabada: las *Considerazioni intorno ai «Discorsi» di Machiavelli*. Ciertamente, Guicciardini ya había llevado a cabo una crítica de las ideas políticas de Maquiavelo en el *Dialogo del reggimento di Firenze*, obra cuya escritura culmina en 1525. Sin embargo, en 1530 asume la tarea de comentar sistemáticamente los *Discursos*, cuya publicación con privilegio papal de Clemente VII se preparaba en los círculos mediceos de Roma. Y si bien se trata de una empresa que nunca llegaría a buen puerto, pues Guicciardini abandonará el proyecto dejándolo inacabado, se trata de una referencia obligada para entender la intensidad de la presencia de Maquiavelo en los *Ricordi*. Guicciardini no solo criticará al autor de los *Discursos* por su tendencia a mitificar la lección de los antiguos y su inclinación natural por el libresco «vivere alla filosofica», sino también por el carácter filopopular de su republicanismo.

Las vidas paralelas de Guicciardini y Maquiavelo no solo nos ofrecen lo más granado de la tradición del realismo político florentino, así como dos variantes —elitista y popular— de su tradición republicana. También son dos pensadores que nos ofrecen lo mejor de su pensamiento *post res perditas*. Tras el naufragio de sus carreras políticas, toda la experiencia práctica adquirida por ambos florenti-

nos en el ejercicio del gobierno se convierte en la llave que abre la puerta a los secretos del poder. Con una gran diferencia, Maquiavelo se sobrepone a la desilusión causada por su caída en desgracia con un optimismo que le lleva a prometer el dominio del arte de la política al príncipe que se conduzca con arreglo a ciertas reglas que se dicen de validez universal. En el caso de Guicciardini, por el contrario, el ocaso de su carrera política le llevará a robustecer su escepticismo. Para el autor de los *Ricordi* las «cosas del mundo» no se dejan reconducir a orden ni regularidad (Portinaro 2025, 73).

La relación epistolar entre ambos da buena cuenta de su diferencia de carácter. En una carta dirigida a Maquiavelo y fechada el 7 de agosto de 1525 en Faenza, Guicciardini escribía a su querido amigo, con el tono escéptico y desencantado que le caracterizaba: «y creo que andamos todos *in tenebris*, pero con las manos atadas a la espalda, para que no podamos esquivar los golpes». Efectivamente, para Guicciardini somos seres arrojados a un mundo hostil donde nuestros planes y propósitos, así sean los mejor fundados, están sujetos al capricho de la fortuna. No obstante, a pesar del profundo escepticismo que dominó su compleja personalidad, Guicciardini nunca renunció a la ambición filosófica de ofrecer criterios de orientación práctica para sobrevivir a las turbulencias de la vida política y civil. A pesar de la plena conciencia de los límites de la racionalidad humana, Guicciardini no perdió la confianza en que la experiencia que condensó en los consejos y advertencias que fue recogiendo a lo largo de los años podrían ofrecer algo de orden y certidumbre, así fuese precario, a las «cosas del mundo». El resultado de este